

PREFACIO

ARTÍFICE DEL MILAGRO

Un santuario remoto entre colinas boscosas.

Y un modesto poblado con cimientos de ceniza.

Eso era Compostela en el año 1000.

Todo había empezado en el siglo IX, cuando el obispo de la vieja Iria Flavia anunció el descubrimiento de un sepulcro. Siguiendo una vieja leyenda y sus propios intereses, Teodomiro identificó esa tumba como la del apóstol Iacob, el primo hermano de Cristo. El rey cristiano de la época, Alfonso II, suscribió con entusiasmo sus afirmaciones. Concordaban a la perfección con sus intereses políticos.

El aval del monarca le dio un primer impulso al santuario, y empezaron a llegar fieles. Peregrinar hasta las tumbas de los santos era uno de los usos más extendidos en aquel tiempo. Sin embargo, pronto se alzaron las primeras voces críticas. Hombres sabios y doctores de la iglesia sostenían que aquella no podía ser la tumba de Iacobus. Que era imposible que el señor Sant Iago estuviera enterrado allí, y que el apóstol jamás había estado en Hispania. Ni vivo ni muerto.

Sostener algo así era contravenir a la mismísima biblia. Había que acabar con aquel fraude.

El obispo y el rey se reafirmaron en sus tesis. El dominio musulmán, tras un siglo de ocupación, amenazaba con expulsar a los pocos cristianos que quedaban en la Península. Que el mejor amigo de Jesús de Nazaret hubiera elegido aquel rincón de la Gallaecia para su descanso eterno era lo único que podía evitar la consumación definitiva del desastre. Y hubo quienes quisieron creerlo así.

Por eso, al principio, la peregrinación a Compostela experimentó un cierto auge.

Sin embargo, con el paso de las décadas, el fervor inicial se fue enfriando. El poblado que había surgido en torno al santuario no

acababa de despegar, y empezaron a pesar más las dudas (y la dificultad de alcanzar el Finis Terrae) que esa leyenda incierta sobre el sepulcro del apóstol.

La ciudad, todavía incipiente, empezó a languidecer.

La puntilla llegó en el año 997, cuando Almanzor arrasó el lugar. Tras la razia, Compostela apenas fue capaz de resurgir de entre las brasas. Su santuario pasó a un plano muy secundario en el ideario colectivo de la Europa cristiana. También la sospechosa reliquia que contenía. Ese pudo ser el golpe definitivo.

La ciudad pudo haber desaparecido igual que había nacido: como un milagro súbito entre la bruma.

Sin embargo, justo ahí es cuando aparece nuestro protagonista.

En 1068, año de su nacimiento, la ciudad era apenas un villorrio de adobe que se extendía por unas callejas cubiertas de lodo. Una iglesia pequeña y unas casas protegidas por una muralla frágil; un par de prioratos y un puñado de monjes. Eso era Compostela: un pueblo frío y húmedo en torno a un humilde santuario. Ni rastro de una catedral, ni sede de una diócesis. Un lugar olvidado en los confines de la tierra.

Cómo un hombre logró convertirla en faro de la Cristiandad es lo que hallarás en estas páginas.

Él hizo de ella la última Sede Apostólica de Occidente, y consiguió construir la más fastuosa catedral que jamás se había visto en todo el mundo. Nombró reyes y entronizó papas. Propició la creación de nuevos reinos, y robó las reliquias más sagradas. Instauró tributos que perduraron a lo largo de los siglos. Mandó escribir los códices más maravillosos de su época y creó la primera guía de viajes de la historia. Construyó una armada de guerra, algo nunca visto en los reinos hispánicos, y se convirtió en la figura más relevante de su tiempo.

Tal vez el mayor genio político de cuantos hayan existido.

Con todo eso, y mucho más, consiguió poner a la insignificante Compostela a la altura de Roma y de Jerusalén. Y todo lo consiguió en una vida plagada de prodigios. Una existencia desbordante de tesón y de talento.

No se trataba de un conde, ni de un príncipe, sino del hijo de un soldado.

Su nombre, Diego Gelmírez.

El artífice del milagro.

Eran tiempos convulsos para los reinos cristianos.

Tras la muerte de Fernando el magno, sus reinos fueron repartidos entre sus tres hijos: al mayor, Sancho, le correspondió Castilla; al segundo, Alfonso, el reino de León, y el más pequeño, García, sería rey de Galicia.

Sin embargo, poco tardaría Alfonso en coronarse como único rey. Sancho sería asesinado en oscuras circunstancias, y él juraría ante el Cid que nada había tenido que ver con su muerte. Pese a ello, no dudaría en hacer prisionero a García para apoderarse de Galicia.

Las luchas fratricidas incendiaban la cristiandad.

Sin embargo, no estaban las aguas más tranquilas tras la frontera andalusí.

Las taifas resultantes de la desintegración del califato de Córdoba se disputaban la hegemonía de los territorios islámicos, pagando generosas *parias* a los cristianos para que los defendieran de sus enemigos... y para que renunciasen, también, a conquistarlos.

Hispania entera era un polvorín.

Cualquier chispa podía desencadenar una hecatombe. Hasta la más inesperada.

I

CATOIRA, REINO DE GALICIA, 23 DE FEBRERO DE 1068

Barro y sangre. No había más.

Gelmirio contempló cómo las hordas enemigas regresaban a sus barcos. Habían vencido, pero no había consuelo para su alma rota. Su amigo de la infancia, fiel escudero en mil batallas, agonizaba entre sus brazos sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Una flecha lanzada a ciegas había atravesado su garganta, y el guerrero había caído entre gorjeos agónicos para no alzarse más.

Para yacer sobre la tierra ensangrentada que tantas veces había defendido.

Al amanecer, los vigías del *Castellum Honesti* habían dado a gritos la voz de alarma.

La vetusta fortaleza llevaba demasiado tiempo defendiendo en desventaja el estuario que conducía al santuario apostólico de Compostela.

—¿Sarracenos o normandos? —había preguntado Gelmirio al despertar.

Él era el *tenente* del obispo en las tierras ribereñas. Por tanto, el *miles* que debía hacer frente a cualquier atacante. El prelado de Iria le había encomendado defender la costa. El mismo gran señor que había obviado una y otra vez sus súplicas para dotar de una armada a aquellas aguas, y que solo había accedido a reforzar precariamente las almenas de su fortaleza.

Construir una catedral sobre la tumba del apóstol era más urgente para él.

Bajo las primeras luces del alba, y con su milicia a medio pertrechar, Gelmirio había avistado unas columnas de humo desde el

adarve. Eran normandos, esta vez, y se habían pasado la madrugada saqueando las aldeas costeras. Al partir, un escalofrío recorrió su espalda. Habían sido atacados muchas veces, pero esta era distinta. No temía por la perspectiva incierta de una nueva batalla. En esta ocasión, el motivo de su angustia era otro.

En la torre del castillo, su esposa se retorcía por los dolores del parto.

Después, toda su consciencia se había difuminado en la vorágine de la contienda. Como de costumbre, los *lordemanos* se habían limitado a burlar su ofensiva desde la distancia. Todo parecía indicar que aquella sería una escaramuza más, y que pronto acabaría como de costumbre: con los barcos norteños huyendo con el botín robado y dejando tras su popa varias aldeas en llamas. Sin embargo, no sería así esta vez.

Su viejo amigo se desangraba ahora entre sus brazos como un cerdo en plena matanza.

Mientras regresaba al castillo, su mirada era de piedra. Campos asolados y villorrios miserables ardían tras su espalda. Apenas podía respirar. Iban ya demasiados años de guerra sobre sus hombros. De miseria e indefensión, y de impotencia.

Sin embargo, también tras la noche más negra llega un nuevo amanecer.

Al atravesar el portón lo sorprendió un sonido inconfundible. Entonces, elevó la vista con una luz renovada en las pupilas.

El llanto de un bebé resonaba en las alturas.

Gelmirio subió la escalera a saltos e irrumpió en la alcoba sin percatarse de que el lodo de la refriega aún cubría sus ropajes. Su esposa le dedicó una sonrisa débil, y él le acarició el cabello antes de coger al niño que reposaba en su pecho. La partera inició una protesta, pero él la apartó con una mano y abandonó la estancia. Después subió el último trecho de escalera hasta la azotea del torreón. Llevaba al bebé entre los brazos.

La sangre de la muerte y la de la vida se entremezclaban sobre la piel del pequeño.

—Mira, Diego —le susurró, elevándolo con cuidado sobre las almenas—. Esta es tu tierra.

Los campos humeantes se reflejaron en las pupilas indiferentes del pequeño bajo la luz del ocaso. A lo lejos se adivinaba el resplandor tétrico de una aldea que aún ardía. Pese a la ilusión renacida del guerrero, el panorama era desolador.

El brillo de sus ojos se debilitó como una hoguera bajo la ventisca.

—Tal vez hoy esté reducida a cenizas —musitó en el oído del pequeño—, pero un día esta fue la tierra más gloriosa del mundo. La región más rica de Roma. El primer reino de Europa, tras la caída del Imperio. El lugar elegido por Iacobus para su descanso eterno.

Un silencio brumoso los envolvió bajo el cielo invernal.

—Esta es tu tierra, Diego —insistió, con gesto pétreo—. Ojalá veas renacer su gloria, hoy perdida.

II

COMPOSTELA, 10 DE FEBRERO DE 1085

Munio despertó asustado en plena madrugada.

Una mano lo zarandeaba bruscamente en la oscuridad del dormitorio comunal. Al abrir los ojos y encontrarse con el rostro de Diego, recordó sus palabras al despedirse, tras el ocaso.

—Antes de *maitines* pasaré a buscarte. Después subiremos a los andamios.

Tras él, la sonrisa burlona de Hugo anticipaba la travesura que llevaban días planeando. Hacía ya diez años que habían comenzado las obras de la gran basílica de Compostela, pero los estudiantes de la escuela catedralicia tenían vetado el acceso al recinto. El maestro Bernardo no quería ni ver a aquellos mocosos merodeando por allí. Era peligroso, gruñía cuando le rogaban que les dejase entrar. Pero Diego sabía que no era por eso, en verdad. Era por salvaguardar los secretos del gremio de constructores.

De ahí que no les quedara más remedio que colarse en la noche más oscura que trajera el invierno. Los centinelas se refugiarían del relente y la luna nueva les proporcionaría el amparo que necesitaban. Ese era el plan.

Hugo había aceptado su propuesta sin dudar, frotándose las manos con una sonrisa retorcida, pero Munio había permanecido en silencio. Si los descubrían, serían castigados, y el peligro de escalar a ciegas por unos andamios escarchados era evidente. Al menos para él, que no tenía ni la fortaleza ni el arrojo de sus compañeros. Además, ¿qué era lo que Diego pretendía ver desde allí arriba? ¿Para qué asumir semejante riesgo?

El ímpetu juvenil de los otros acabó por minar su reticencia. Se introducirían en el espacio vallado y subirían a las alturas para ver cómo avanzaban las obras.

Y allí estaban ahora, en plena noche, apremiándolo con gestos para que abandonase el jergón.

Al salir, el frío les golpeó en la cara. La aguanieve caída tras la puesta de sol se había solidificado bajo la helada, y la tenue luminosidad de las estrellas se reflejaba aquí y allá como si el suelo estuviera hecho de cristal. Con sigilo, pero entre risas, se infiltraron en el vallado de tablones dispuestos a encarar la escalada.

Hugo lo alzó casi sin esfuerzo hasta los primeros travesaños. Diego lo precedía, con su gesto de determinación habitual. Munio progresó despacio, sintiendo a cada paso cómo se iban congelando sus nudillos.

Cuando llegó al último tramo, los otros ya observaban el panorama desde arriba.

Pudo ver cómo Diego contemplaba con el ceño fruncido el gran ábside, apenas comenzado. La catedral no era más que un esbozo sobre el terreno. La estructura semicircular que un día constituiría la cabecera del inmenso templo, pese a que ya alcanzaba la altura de cuatro hombres, abrazaba por el este a la vieja iglesia que se alzaba sobre el sepulcro de Sant Iago. Todavía faltaba mucho para que se pudiera consagrar el altar mayor.

En cuanto Munio se subió al tablón, los tres se apretujaron.

—Vaya, vaya —se admiró Hugo—, parece que Peláez no exagera al alardear sobre su catedral...

Munio asintió en silencio. En efecto, aquella cabecera a medio construir permitía intuir una grandiosidad sobrecogedora. Sin embargo, Diego negó con la cabeza.

Era como si aquella visión corroborase una negra sospecha.

—Nunca van a poder terminar esta catedral —rebatió, ante la sorpresa de los otros dos—. ¿No lo veis? Están avanzando hacia un barranco. En cuanto esas naves lleguen allá abajo, hacia el oeste..., ¿qué harán? ¿Erigirlas sobre el vacío?

Hugo y Munio dirigieron la mirada hacia el lugar que Diego señalaba. En efecto, el terreno en aquella dirección era poco menos que un despeñadero.

—Ya, pero es la única opción, ¿no? —se resistió Hugo, confuso—. Es decir, si el altar mayor debe estar sobre la tumba del apóstol, el templo solo puede ser construido hacia allá. Por mucho que esa parte sea algo así como un... acantilado.

Munio comprendió al fin el porqué del empeño de Diego. Había querido corroborar que era imposible erigir la catedral sobre aquel terreno abrupto. Aun así, ¿qué podía importarle eso a un estudiante de diecisiete años?

Sin más, iniciaron el descenso. El gesto de Diego era de acero.

Constatar el despropósito con sus propios ojos había acentuado la arruga que fruncía su entrecejo. Hugo, con su gesto de diablillo en plena travesura, empezó a bajar tras él. Al final los siguió Munio, atezado por el frío.

El silencio de Diego atormentaba su conciencia.

Pese a no ser más que el hijo de un soldado, aquel muchacho era el líder de toda la escuela catedralicia. Descendientes de grandes nobles poblaban sus estancias, pero era un joven de origen humilde el que conseguía que todos lo escuchasen sin alzar la voz. Que lo siguiesen allá donde él fuera, sin dudar.

Distraído, Munio no se percató de que los travesaños cada vez estaban más resbaladizos. Las manos de sus compañeros habían derretido el hielo que los recubrían. Sus dedos acabaron de entumecerse mientras bajaba, y el desastre se hizo inevitable. Un resbalón le hizo perder el agarre a mitad del descenso, y antes de que pudiera darse ni cuenta se precipitó sobre los hombros de Hugo y lo arrastró en su caída. Hechos un revoltijo, los dos se llevaron por delante a Diego, y todos se desplomaron andamio abajo.

El estropicio resonó en la quietud de la noche como un tambor de hojalata.

—¿Quién va? —preguntó la voz alarmada de un centinela.

Munio se estremeció en el suelo, más por haber sido descubiertos que por el dolor que sentía en el codo derecho. A su lado, Hugo y Diego trataban de reponerse. Parecían estar razonablemente bien. Los tres se miraron con terror mientras unos pasos apresurados se acercaban, y el gesto severo del obispo Peláez apareció en el cielo nocturno. Las travesuras no eran bien acogidas en la escuela de Compostela.

Aquella escalada furtiva podía salirles muy cara.

III

COMPOSTELA, 12 DE FEBRERO DE 1085

Dos días después, seguían en la botica.

Las modestas instalaciones del santuario compostelano incluían un hospital monástico en el que siempre había algún peregrino de tierras lejanas. Y allí, en las dependencias de la apoteca, donde los boticarios y los especieros destilaban sus pócimas, habían confinado a los tres zascandiles que se habían estrellado al caer de los andamios en plena madrugada.

Tras el golpetazo, Hugo se había levantado como si nada y había alzado de un tirón a Diego, conminándolo a salir pitando antes de que acudiesen los guardas. Pero cuando intentó hacer lo mismo con Munio, un quejido de dolor de este lo detuvo en seco. Se había dañado el brazo.

Más preocupados por el dolor de su compañero que por los empujones de los centinelas, e incluso más que por el previsible enfado del obispo, Diego y Hugo trataron de proteger a Munio mientras eran arrastrados al hospital entre gruñidos de indignación.

—Mocosos malcriados —rezongaba el capitán de la guarda episcopal—. ¿Qué pretendíais, hacer de canteros a estas horas?

Pero después no había sucedido nada más. Tras el amanecer, dos monjes cariacontecidos habían aplicado un emplasto muy caliente de vinagre con sal al codo del lesionado y se habían retirado sin dirigirles la palabra. Los muchachos se quedaron en sus camastros con cara de perplejidad, sin saber qué aguardar. Luego les habían traído algo de pan, y a la mañana siguiente habían repetido el tratamiento con el brazo de Munio. Y ya.

Ni una reprimenda ni una visita enfurecida del obispo. Nada.

Hugo había recuperado pronto su sonrisa burlona, pero Diego estaba más preocupado por aquel silencio desconcertante que por el pre-

visible castigo de Peláez. Más allá de la palidez quejumbrosa del pobre Munio, el vacío se le antojaba más alarmante que cualquier jaleo.

Al atardecer, el novicio que les traía el pan acrecentó la angustia de Diego.

—Ha llegado tu padre —le dijo por lo bajo—. Está con el obispo.

Diego perdió el color. Si era desconcertante que Peláez no se hubiera dignado ni a llamarlos a capítulo, que hubiera hecho llamar a Gelmirio le hizo augurar una gravedad imprevista. ¿Tan terrible le habría resultado que tres estudiantes husmeasen en las obras de su catedral?

Durante toda la noche esperó algo terrible, pero nada sucedió. De hecho, con las primeras luces de la mañana, un boticario se presentó para renovar el emplasto del codo de Munio y para darles un recado con voz monocorde.

—Podéis volver a la escuela —dijo, sin expresión en el rostro—. Munio, tú preséntate aquí dentro de dos días para ver cómo evoluciona ese brazo.

Mientras regresaban al dormitorio comunal, la mirada de Diego rastreó el terreno tratando de encontrar algún vestigio de que su padre había estado allí. Sin embargo, no halló nada. Al parecer, el *miles* había partido tan discretamente como había venido.

Pese a las bravatas de Hugo, que se vanagloriaba de haber salido indemne del estropicio, y a la débil sonrisa que los comentarios de este comenzaban a suscitar en el maltrecho Munio, Diego se mantuvo serio. Lo que habían hecho era demasiado grave como para que no hubiese ninguna consecuencia, pero, más allá de eso, un dato le resultaba especialmente inquietante: a raíz de la trastada, el obispo había convocado a su padre en secreto.

Algo así solo podía significar una cosa.

Un castigo temible pendía sobre su cabeza.

IV

COMPOSTELA, 12 DE FEBRERO DE 1085

Gelmirio atravesó la muralla con gesto serio.

El obispo lo había hecho llamar con una urgencia y un secretismo que no eran normales. Últimamente no había sucedido nada en el *Honesti* como para que Peláez lo convocase así. Las amenazas de siempre: el avistamiento de alguna nave norteña, piratas musulmanes... Nada fuera de lo habitual en aquellas costas hostigadas.

Por eso traía el ceño fruncido.

Un presentimiento frío lo había asaltado al pasar por Iria Flavia. La vieja sede romana seguía en pie, pese a que las atenciones del obispo se centraban cada vez más en Compostela. Allí, en la escuela catedralicia, llevaba internado casi siete años su hijo Diego. Al pensar en él, torció el gesto. ¿Sería esa la causa de tanta premura? ¿En qué lío se habría metido esta vez? De forma inconsciente, arreó a su caballo.

Aún tenía por delante un par de horas de camino.

—Monseñor, está aquí Gelmirio —oyó que anunciaba un diácono.

—Que pase. —La voz de Peláez sonó sorprendentemente animada. Incluso alegre.

El *miles* frunció el bigote. Eso era más desconcertante aún.

Cuando la puerta se cerró tras su espalda, su impresión inicial se confirmó. En lugar del prelado de gesto huraño que había previsto encontrar, Peláez lo recibió con una copa en la mano.

—Toma asiento, amigo mío —le sonrió, con un centelleo en los ojos.

Gelmirio le correspondió, tratando de disimular su preocupación.

Pese al recelo de su invitado, Peláez le entregó la copa con una expresión triunfal en el rostro. Sus palabras, aunque enigmáticas, retumbaron como truenos que anticipasen tempestades.

—Brindemos, Gelmirio. La gloria de nuestra tierra está a punto de resurgir.

V

COMPOSTELA, 12 DE FEBRERO DE 1085

Al salir a la calle, Gelmirio llevaba hielo en la mirada.

El obispo había puesto en marcha un plan secreto que hubiera preferido no conocer. Habría dado un brazo, de hecho, por que no fuera verdad. Sin embargo, no había vuelta atrás. Peláez lo había hecho partícipe de sus maquinaciones, muy a su pesar.

Y ahora estaba enzarzado en una conjura mortal.

Pese a todo, la conversación había comenzado en tono jovial.

—¿El joven Diego? —sonrió Peláez, ante las dudas iniciales de su *miles*—. No, Gelmirio. Es cierto que tu hijo está en el hospital, acompañando a un amigo que ha sufrido una caída sin importancia; pero eso es todo. No te he hecho llamar por ningún asunto relacionado con él.

El guerrero resopló de alivio.

—Tranquilo, se defiende bien —continuó el obispo, despreocupado—. Novicios mayores que él lo siguen como perrillos, y hay diáconos que se quedan callados en cuanto él abre la boca... Despreocúpate; no te he hecho llamar por Diego.

El pecho de Gelmirio se infló de orgullo, pero casi al momento su frente se arrugó. Entonces, ¿por qué lo había convocado con tanta urgencia?

—Se trata del rey —le aclaró el obispo, en tono de confidencia—. De nuestro rey.

Gelmirio disimuló un escalofrío. Su monarca, el de Peláez y el de toda Galicia era don García. El hijo menor del gran Fernando llevaba doce años encerrado en una celda por orden de su propio hermano. Un tema que no era recomendable tratar a la ligera.

Al fin y al cabo, si Alfonso de León reinaba en Castilla era gracias a la sospechosa muerte de su hermano mayor, Sancho. Y si ostentaba la corona de Galicia...

... era porque tenía a García metido en una mazmorra.

El prelado se puso serio. Por muy seguro que estuviera allí, en su ciudad, la súbita palidez de Gelmirio le había recordado que en aquel asunto se jugaba mucho más que su hacienda o su libertad. Si el rey Alfonso se enteraba de que estaban planeando restituir en el trono de Galicia a su hermano pequeño, el cielo se incendiaría sobre sus cabezas.

—¿Os referís a...? —titubeó el *miles*, atónito.

—Sí, Gelmirio —sentenció Peláez—. Vamos a liberar a García.

VI

CERCA DE TOLEDO, 6 DE MAYO DE 1085

Gelmirio surgió de la bruma como un fantasma a caballo.

Una larga cabalgada lo había llevado hasta las inmediaciones del campamento del rey Alfonso, pero su aspecto se debía al devastador efecto de la culpabilidad sobre su conciencia.

Habían pasado tres meses desde su reunión secreta con Peláez, su señor. Doce semanas en las que apenas había logrado conciliar el sueño. En las que la sombra de la traición le había atenazado las entrañas una y otra vez, sin tregua ni descanso.

No existe la paz para quien porta en su interior una batalla.

El señor de Iria le había confesado su estrategia aquel atardecer. Desde entonces, aquella conversación asaltaba su memoria cada madrugada.

—Casaremos a García por poderes con una hija de Guillermo. Él se encargará de devolverle el trono de Galicia a su legítimo rey. No me importa si por la diplomacia o por las armas.

El corazón de Gelmirio se había helado al conocer el plan. Guillermo era llamado «el Conquistador», aunque más hubiera merecido el nombre de «el Usurpador». O «el Bárbaro». O «el Sanguinario». En eso consistía la estrategia de Peláez para restituir al rey García: en venderle el alma a precio de saldo a un demonio normando que lo arrasaba todo a su paso. Al caudillo que había usurpado el trono de Inglaterra veinte años atrás.

La estirpe de salvajes que Guillermo encabezaba era precisamente la que había asaltado las costas de Galicia repetidamente, incendiando y aterrorizando a los pueblos costeros. Condenando a la miseria a los siervos de Gelmirio, por mucho que él intentase defenderlos del asedio atroz de aquellas bestias de dos patas.

¿Y ahora su obispo quería aliarse con él?

Gelmirio había defendido siempre el derecho de Galicia a tener su propio rey. Algo que solo podría suceder con García sentado en el trono. Y no porque así lo hubiera dispuesto el rey Fernando antes de morir, sino porque la orgullosa Gallaecia no podía estar subyugada a otros reinos. Él pertenecía al núcleo de notables que nunca habían dejado de reivindicar su libertad. Sin embargo, no todos los medios se antojaban válidos para tal fin, por justo que este fuese.

Aliarse con el rey normando de Inglaterra sobrepasaba todos los límites.

Al entrar en el campamento de Alfonso, Gelmirio recordó a su hijo. Diego había nacido el mismo día que su lugarteniente había caído, precisamente, a causa de un ataque de los *lordemanos*. Y ahora que él se disponía a traicionar a su señor, no podía obviar que el muchacho vivía en la escuela catedralicia de Peláez. Mientras siguiese allí, su vida correría peligro. Si el obispo se enteraba de su delación, Diego correría un peligro mortal en Compostela. Angustiado, Gelmirio trató de tomar aire, pero se quedó a medias. Su encuentro con el rey no era un trámite cualquiera.

Estaba a punto de poner a su hijo en la picota.

Eso haría, al desvelar la vil traición de Peláez.

VII

ASEDIO DE TOLEDO, 6 DE MAYO DE 1085

El rey lo recibió al día siguiente.

En el campamento se respiraba un ambiente alterado. Una sensación como de deflagración inminente. Todo vibraba de forma extraña, aunque Gelmirio no alcanzase a intuir el porqué.

Los secretarios de Alfonso lo miraron extrañados, pero accedieron a dar aviso a Ansúrez, la mano derecha del rey. El *tenente* de las costas de Iria Flavia había solicitado una audiencia a espaldas de su señor, el obispo. Por mucho que Toledo estuviera a punto de caer, el rey debía ser informado de inmediato.

—Mi señor... —Gelmirio bajó la cabeza cuando el monarca entró en la tienda.

—Habla. Rápido —dijo Ansúrez.

Al *miles* se le atragantaron las palabras.

—En Compostela, señor..., en Galicia, más bien..., está sucediendo algo...

—Habla. Ya.

Al ver que Alfonso estaba dispuesto a dejarlo plantado, la lengua de Gelmirio se soltó de repente.

—El obispo Peláez pretende aliarse con Guillermo de Inglaterra para rehabilitar a García en el trono de Galicia —soltó, de un solo golpe.

Fue como si hubiera restallado un relámpago en mitad de la tienda.

La premura del rey se transformó en estupefacción. De repente, las prisas y la altivez se esfumaron como una pompa de jabón. Ya daba igual que fuera inminente el éxito en el cerco de la ciudad. También que llevase años fraguando aquel asedio que, al culminarse, lo haría dueño y señor de la taifa más gloriosa. La revelación de aquel hombre era incluso más trascendental. De hecho, el complot dejaba

en el aire la conquista de Toledo, su gobierno sobre Galicia y hasta su reinado en León y en Castilla.

Pálido y desencajado, señaló una silla.

—Sentémonos..., ¿Gelmirio? —alcanzó a decir Alfonso, con un hilo de voz.

—Sí, majestad —logró responder él, a duras penas—. Gelmirio. Para serviros.

VIII

COMPOSTELA, 6 DE MAYO DE 1085

Diego seguía aguardando el desastre.

Habían pasado meses desde la incursión en la catedral, pero no había ni un solo día que no la recordase. Y no le faltaban motivos: desde entonces, era como si el obispo lo rehuyese. De hecho, era como si a Peláez se lo hubiera tragado la tierra. Las pocas ocasiones en que se le había visto parecía asediado por demonios, y había dejado de relacionarse con la escuela catedralicia, con los miembros del cabildo y hasta con el mismo apóstol.

Solo sus hombres lo rodeaban ya, entre cuchicheos sospechosos.

Al principio, el muchacho creyó que aquel vacío provenía de la travesura, pero el tiempo fue puliendo sus sospechas. Y lo hizo a medida que el codo de Munio se iba recuperando y la socarronería de Hugo le iba quitando hierro al episodio.

—Venga ya, Diego —se burló un día, mientras los aprisionaba a los dos entre sus brazos enormes—. Si Peláez estuviera enfadado con nosotros, ya hubiéramos tenido noticias... ¡Ni se habrá enterado de la voltereta de este artista!

El propio Munio empezó a darle la razón.

—No sé en qué andaré metido. —Asintió, tratando en vano de deshacerse del abrazo de Hugo y de atacarle las costillas como venganza—, pero juraría que nuestra aventura no le ha importado lo más mínimo...

Sin embargo, Diego no lo acababa de ver claro.

Hasta entonces, siempre se había visto arropado por el obispo. Y no por ser hijo del guerrero que protegía el acceso naval a las tierras compostelanas, como decían algunos, sino por una extraña complicidad. Pese a tener la escuela repleta de nobles de alta alcurnia, Peláez había debido de detectar algo especial en él para acogerlo en su círculo

más íntimo. No obstante, desde aquel día no había vuelto a verlo. Y eso no era lo más preocupante.

Tampoco había vuelto a tener noticias sobre su padre.

Gelmirio, que nunca había pasado una semana sin visitarlo o sin mandarle recado, también había desaparecido sin dejar rastro. Y eso era lo que más acrecentaba su desasosiego, a pesar de las chanzas de Hugo y la tranquila aceptación de Munio.

Un viejo proverbio daba vueltas en su mente desde aquel día:

«Teme más a una sombra tras la puerta que a una espada bajo el sol».

IX

TOLEDO, 6 DE MAYO DE 1085

—¿Y por qué habría de creerlos, Gelmirio?

Tras el impacto inicial, el instinto del rey se activó. El hombre de confianza de Peláez se había presentado, con un cataclismo bajo la manga, dispuesto a traicionar a su señor. Lo que traía en las alforjas era, precisamente, la principal amenaza que Alfonso podía concebir. Demasiado sospechoso como para fiarse.

Necesitaba una garantía de que no se la estaban jugando.

La liberación de su hermano podía acabar con él. García no se limitaría a dejarlo sin el reino de Galicia, eso seguro. Si lograba convencer a los nobles de los tres reinos de que antes de encarcelarlo a él había participado en el asesinato de Sancho, la rebelión prendería fuego al trono bajo sus reales posaderas. Entonces no servirían de nada el juramento que había prestado ante el Cid en Santa Gadea ni la trayectoria triunfal de su reinado. Ni siquiera la inminente rendición de Toledo, que resonaría en toda la cristiandad, le serviría de aval. Nada tendría importancia si el rey de Inglaterra tomaba partido por su hermano cautivo.

Alfonso habría pasado de rey a proscrito en un santiamén.

—Decidme —insistió el monarca—: ¿por qué habría de fiarme de quien traiciona a su señor?

Gelmirio conocía las consecuencias tan bien como el propio Alfonso. Por eso, y no solo por culpa de los remordimientos, llevaba meses sin pegar ojo. De ahí que solo se hubiera decidido a actuar cuando la mayor de sus angustias apareció en su cabeza como posible solución.

Había llegado el momento de jugársela a cara o cruz.

—Mi propio hijo vive en Compostela, majestad —contestó, mostrando las palmas—. Incorporadlo a vuestro séquito si no os fiáis de mi palabra.

Podría haber aludido a toda una vida de lucha contra el asedio normando, o a la agonía de su mejor amigo entre sus brazos por culpa de aquellos salvajes, pero para un rey amenazado esas razones no eran más que lluvia sobre el mar.

Alfonso miró a Ansúrez, quien, tras un silencio largo, asintió levemente.

El tal Gelmirio les daba a su retoño como rehén. A un muchacho que se había criado bajo las faldas del propio Peláez. Ni juramentos ni votos; no hay mayor aval para la palabra de un padre que el pesceuzo de su hijo. Podían confiar en él.

No sospechaban que, con aquella jugada, el principal objetivo de Gelmirio era poner a Diego lejos del obispo. Al fin y al cabo, solo era cuestión de tiempo que alcanzase a conocer la traición de su *miles*. O a suponerla, al menos.

—Yo os diré cómo hacerlo sin que el obispo sospeche —se reafirmó. Alfonso lo atravesó con una mirada de fuego.

Pese a la anuencia de su valido, no acababa de fiarse. Gelmirio aguardó a pie firme, esforzándose por mostrar un aplomo que estaba lejos de sentir, mientras veía cómo la desconfianza asomaba, intermitente, a las pupilas del soberano.

Finalmente, intuyó que iba a aceptar.

No obstante, un revuelo súbito se alzó en el exterior, deshaciendo el hechizo. Antes de que lograsen reaccionar, un centinela sudoroso irrumpió en la tienda como un torbellino.

—Llevo un buen rato buscándoos, señor —jadeó.

La expectación de Alfonso le exigió sin palabras una explicación.

—Lo hemos conseguido. Toledo se ha rendido.

X

TOLEDO, 6 DE MAYO DE 1085

Una carta aguardaba, lista para partir.

Si el caso lo requería, los correos del rey volaban como halcones. Esta vez lo harían como el mismo viento. Era su voluntad.

La nobleza galaica nunca había acabado de enfundar sus cuchillos ante Alfonso. Sus caballeros habían presionado a Fernando para que dividiese su corona en tres partes, y para que le donase Galicia a su hijo menor, junto con las *parias* de Badajoz y Sevilla. El reino del noroeste recuperaba así la independencia política y económica que nunca había dejado de reivindicar; pero todo se había venido abajo cuando el rey leonés había encarcelado a su hermano pequeño para adueñarse de sus territorios.

Alfonso había creído tener el reino bajo control, pero ahora veía que no había sido más que un espejismo. El obispo de Iria, seguramente con el respaldo de los nobles más poderosos, había perpetrado un plan que podía desposeerlo del reino de Galicia. Y eso no sería más que el principio. Si el Conquistador irrumpía desde el norte, podía perderlo todo.

Galicia. Castilla. León, y ahora Toledo. La libertad. La vida.

El repliegue andalusí, que acababa de culminar con la rendición de la vieja capital visigoda tras trescientos setenta años, no sería más que una anécdota si se veía obligado a defenderse de una invasión normanda.

Desarticular la operación de Peláez era tan necesario como sentir el suelo bajo los pies.

—Traeremos al hijo de ese tal Gelmirio —sentenció Alvar Fáñez, el general, cuando Ansúrez y el rey lo pusieron en antecedentes—. Está claro que necesitamos un infiltrado en casa de Peláez. Que sea el *miles*. Si nos la está jugando, enviaremos al muchacho a la hoguera.

Alfonso esbozó un asentimiento huraño. La euforia de verse al fin como señor de Toledo se había enfriado de golpe por culpa de la conjura.

—Sí—concordó Ansúrez—. Más le vale cumplir con su promesa, y mantener bajo control a los señores de Galicia. Respecto a los normandos...

—De Guillermo me encargo yo—lo atajó el rey. Los otros alzaron las cejas, sorprendidos. Tanta rotundidad hacía intuir que ya se había puesto en marcha—. Tranquilos, al margen del oro que le haré llegar cuento con la intercesión de mi esposa para que se esté quietecito.

Los caballeros asintieron. La reina Constanza provenía de la casa de Borgoña, la stirpe dominante del corazón de Europa. El suyo era uno de los linajes con más poder del mundo entero. Su tío Hugues era el legendario abad de Cluny, la institución más influyente de toda la cristiandad junto con el Vaticano. En su familia se contaban reyes y emperadores como quien cuenta ranas en un arroyo.

La gran dama habría puesto en marcha ya su red de contactos.

—Guillermo ya sabe que la confabulación ha quedado al descubierto. —El rey esbozó algo parecido a una sonrisa—. Aunque no tiene ni idea del cómo ni del porqué.

—Perfecto —aceptó Ansúrez—. ¿Cómo hacemos lo del hijo de Gelmirio, pues?

Alfonso señaló el sobre que descansaba sobre la mesa. Ya estaba todo listo.

Solo faltaba que un jinete volase hasta Compostela.